

Vol 01

Colección *“...a
conocer el hielo”*

Correr el riesgo de salir a la calle y conquistar la ciudad tal vez no sea siempre una aventura tranquila, pero a lo mejor encontremos la experiencia de salir por un momento de nosotros mismos y hacernos parte de algo que nos trasciende, abandonados en la ciudad y sus luces, mezclados con los otros, en un baile compartido de soledad e intimidad. Y también la posibilidad de transformarnos, pues el contacto con los otros nunca nos deja inalterados.



Vol 01

Colección *“...a
conocer el hielo”*

Diez fragmentos sobre ciudad

Felipe
Van der Huck



Diez fragmentos sobre la ciudad / Felipe Van der Huck
1 ed. –Cali: Facultad de Derecho y Ciencias Sociales
Universidad Icesi, 2008.
46 p; 14 x 10,5 cm.
ISBN: 978-958-8357-08-9
1. Ciudad 2. Espacio público 3. Vida urbana
301. 36 – cd21

Colección “...a conocer el hielo”
Diez fragmentos sobre la ciudad

Universidad Icesi
Facultad de Derecho y Ciencias Sociales

Primera edición, julio 2008
©Derechos Reservados

Colección dirigida por
Rafael Silva Vega

Diseño y diagramación
Juliana Jaramillo Buenaventura

Impreso en Cali – Colombia
A.A. 25608 Unicentro
Tel. 555 23 34 Ext. 404
Fax: 555 17 06
E-mail: coleccionesdes@icesi.edu.co
Cali, Colombia

ISBN: 978-958-8357-08-9

“...a
conocer el hielo”
colección

Próximos títulos

**Mito-
Lógicas**
*Antropología simbólica
y razonamiento
matemático*

Guillermo Páramo

**Paradojas
urbanas: Cali
1987-2006**

Erick Abdel Figueroa Pereira

Colección “*...a*
conocer el hielo”

se propone despertar la curiosidad del lector por temas e ideas sencillas, pero prodigiosas. Pues, según le decía José Arcadio Buendía a Ursula: “En el mundo están ocurriendo cosas increíbles”.

Felipe
Van der Huck

*Diez fragmentos
sobre ciudad*

La ciudad es la gente en la calle

Jordi Borja, *La ciudad conquistada*

[I]

Fernando Pessoa (Lisboa, 1888-1935), escribe en “Tabaquería”, quizás uno de sus poemas más conocidos:

*Ventanas de mi cuarto,
de mi cuarto de uno de los millones de gente
que nadie sabe quién es
(y si supiesen quién es, ¿qué sabrían?),
dais al misterio de una calle constantemente
cruzada por la gente,*

*a una calle inaccesible a todos los pensamientos,
real, imposiblemente real, evidente,
desconocidamete evidente,
con el misterio de las cosas por lo bajo de
las piedras y los seres,
con la muerte poniendo humedad en las paredes
y cabellos blancos en los hombres,
con el Destino conduciendo el carro de todo
por la carretera de nada (1998: 61).*

Si pudiéramos acercar la mirada a las ventanas del poema, ¿qué veríamos? Sin duda, la ciudad. Una ciudad sin nombre, que en todo caso no haría falta ver para que su presencia se revelara fuera de la habitación: encerrados en ese cuarto irreal, tendidos en la cama, ella entraría sin pedir permiso, llevando consigo el “misterio de una calle constantemente cruzada por la gente”. A través de las ventanas de nuestros cuartos, ¿qué ciudad, qué calles, qué imágenes se cuelan?

[II]

Afuera está la calle, están los autos, los puentes, los edificios y los supermercados. La gente de uno de los millones de cuartos que nadie conoce, la gente que nadie sabe quién es.

Esas calles, esos autos, esa gente, están ahí como una elección imposible. Si cruzamos la puerta, entramos en la ciudad, de la misma manera en que ella se mete por nuestras ventanas: sin permiso. En uno y otro caso, las cosas suceden más allá de nuestra voluntad, pero no más allá de nuestra fantasía. Por esa razón Pessoa descubre en una calle anónima, cruzada por desconocidos, el misterio propio de las ciudades. Por esa misma razón dice de esa “calle constantemente cruzada por la gente” que es “real, imposiblemente real, evidente, desconocidamente evidente”.

La ciudad es misteriosa porque su realidad es imposible, es decir, porque se mezcla con nuestro deseo y nuestra imaginación. La ciudad es “desconocidamente evidente” porque a poco que entremos en ella, en su superficie, veremos que esos autos, esos puentes y esa gente componen figuras inesperadas. Veremos que su apariencia de realidad y la evidencia de sus formas no son inamovibles.

En la ciudad de todos los días, la que entra por nuestras ventanas, en la que entramos al cruzar la puerta, hay -cómo negarlo- una rutina ineludible.

Pero el misterio se revela cuando percibimos la otra cara de esa rutina: nuestra imaginación, nuestro miedo, nuestras fantasías y recuerdos, y la manera en que están unidos a la imaginación, los miedos, las fantasías y los recuerdos “de los millones de gente que nadie sabe quién es”. En la rutina (en lo que hacemos todos los días, en lo que pasa todos los días) está la dureza de lo evidente, de lo impensado, pero también el artificio de lo humano, es decir, la fugaz verdad de que, al final de todo, esa rutina podría -o hubiera podido- ser otra.

Fernando Pessoa nació en Lisboa, Portugal, en 1888, y murió en esa misma ciudad a los 47 años.

La mayor parte de su obra, compuesta por poemas, ensayos y una novela inconclusa (*El libro del desasosiego*), fue publicada de manera póstuma. Pessoa inventó personajes para firmar sus escritos. Para cada uno de ellos, conocidos como sus heterónimos, imaginó una biografía y construyó una personalidad y un estilo propios. Álvaro de Campos, punzante, lúcido, desencantado, es el autor de “Tabaquería”, así como del poema que sigue, en el que Lisboa, ciudad natal, se confunde con su hábitat.

Lisbon revisited **[1923]**

*No: no quiero nada.
Ya he dicho que no quiero nada.*

*¡No me vengáis con estéticas!
¡No me habléis de moral!
¡Lleaos de aquí la metafísica!
¡No me pregonéis sistemas completos,
no me pongáis en
fila conquistas
de las ciencias, de las artes, de la
civilización moderna!*

¿En qué he ofendido a todos los dioses?

¡Si tenéis la verdad, guardáosla!

*Soy un técnico, pero sólo tengo técnica dentro
de la técnica.
Fuera de eso, estoy loco, con todo el derecho a
estarlo.
Con el derecho a estarlo, ¿lo habéis oído?*

*¡No me fastidiéis, por amor de Dios!
¿Me querías casado, fútil, cotidiano y tributable?
¿Me querías todo lo contrario, lo contrario
de lo que sea?*

*Si fuese otra persona, os daría gusto a todos.
Así, como soy, itenéis que aguantaros!
¡Idos al diablo sin mí!
¿Por qué habíamos de irnos juntos?*

*¡No me cojáis del brazo!
No me gusta que me cojan del brazo.
Quiero ser solo.
¡Ya he dicho que soy solo!
¡Ah, qué fastidio querer que sea de compañía!*

*¡Oh cielo azul -el mismo de mi infancia-,
eterna verdad vacía y perfecta!
¡Oh ameno Tajo ancestral y mudo,
pequeña verdad en la que el cielo se refleja!
¡Oh amargura revisitada, Lisboa de antaño y
de hoy!
Nada me dáis, nada me quitáis, nada que yo me
sienta sois.*

*¡Dejadme en paz! No tardo, que yo nunca tardo...
¡Y mientras tarda el Abismo y el Silencio quiero
estar solo! (1998: 59-60).*

[III]

Forma fija, estructura, evidencia, costumbre, repetición y rutina, la ciudad es, también, movimiento. Pero, ¿qué se mueve en la ciudad? Se mueven sus calles y edificaciones, sus formas, sus plazas, su paisaje. En la ciudad, las cosas se mueven: son transformadas, intervenidas, modificadas.

Se mueven, también, las personas: caminan, pasean, van al trabajo, esperan, hacen las compras, cambian de habitación, huyen; se mueven los autos, los buses, las bicicletas, y en ellos las personas. También se mueven cosas más imperceptibles, pero no menos reales, como nuestros recuerdos.

En la ciudad, las cosas se mueven siempre en relación con otras, pues ella es intercambio, no sólo de objetos y mercancías, sino de ilusiones, miradas, espectáculos, miedo.

En la ciudad, una densa red de relaciones nos une: dependemos de otros, conocidos y no, para cumplir con cada una de nuestras ocupaciones diarias: ir al trabajo, leer los diarios, almorzar a tiempo, pasear sin rumbo al lado de alguien que nos ayude a encontrarlo.

[IV]

¿Qué define a una ciudad? Podríamos, para empezar, consultar el diccionario: “Conjunto de edificios y calles, regidos por un ayuntamiento, cuya población densa y numerosa se dedica por lo común a actividades no agrícolas” (DRAE, 2001). Aun así, en la definición más sencilla, encontraríamos sin duda algunas dificultades, por ejemplo la palabra ayuntamiento.

De nuevo, podríamos acudir al diccionario: “Corporación compuesta de un alcalde y varios concejales para la administración de los intereses de un municipio” (Ibid.). Las ciudades, entonces, se reconocerían porque:

1. Están conformadas por un conjunto de edificios y calles (no sabemos cuántos, ni cuáles son sus usos predominantes, pero parece un criterio razonable).

2. Están regidas por un ayuntamiento o gobierno municipal (de acuerdo, ¿aunque no sucede lo mismo en aquellos lugares que llamamos pueblos?).

3. Su población, densa y numerosa (¿qué densidad?, ¿qué número?) se dedica por lo común a actividades no agrícolas.

A estos criterios generales sería posible, desde luego, añadir otros. Por ejemplo, que en las ciudades se concentra gran cantidad de bienes y de servicios, y también de industrias, medios de transporte y comunicación.

Si deseáramos extender la lista, podríamos revisar las normas que regulan el espacio público en nuestro país, o las que organizan el régimen municipal. Quizás nos ayudaría una exploración de la palabra ciudad, tratar de reconstruir su historia y la de las realidades que designa... Para pensar en las ciudades son numerosas las alternativas que tenemos, cada una con un valor particular.

Aquí optaremos por una que, sin desdeñar las otras, dirija la mirada hacia lo que ocurre con la vida en las ciudades, con las relaciones e intercambios entre quienes las habitan.

[V]

Movimiento, intercambio, red de relaciones, la ciudad, en su sentido moderno (siglo XIX), está definida ante todo por un modo de vida, una forma de existencia, un tipo de experiencia y relaciones sociales particulares que aquí llamaremos urbanas.

A quienes comparten y practican ese tipo de experiencias y relaciones, podemos llamarlos *urbanitas*. De esta perspectiva resulta que la ciudad no es equivalente a lo urbano, aunque estén unidos. La ciudad es la *forma*, lo urbano la *relación*.

Manuel Delgado, antropólogo español y profesor de la Universidad de Barcelona, se refiere a esta misma cuestión -las relaciones entre la ciudad y lo urbano- en un libro titulado *El animal público*:

[...] La ciudad no es lo mismo que lo urbano. Si la ciudad es un gran asentamiento de construcciones estables, habitado por una población numerosa y densa, la urbanidad es un tipo de sociedad que puede darse en la ciudad... o no. Lo urbano tiene lugar en otros muchos contextos que trascienden los límites de la ciudad en tanto que territorio, de igual modo que hay ciudades en

las que la urbanidad como forma de vida aparece, por una causa u otra, inexistente o débil. Ya veremos cómo lo que implica la urbanidad es precisamente la movilidad, los equilibrios precarios en las relaciones humanas, la agitación como fuente de vertebración social [...] (1999: 11-12).

Jordi Borja, geógrafo y urbanista catalán, insinúa algo semejante en su libro *La ciudad conquistada*: “¿Qué es un puente?, preguntaba el falsamente ingenuo Julio Cortázar. Y se respondía: una persona atravesando el puente. ¿Qué es una ciudad? Un lugar con mucha gente que interactúa cara a cara.

Un espacio público, abierto y protegido. Un lugar como hecho material y social, productor de sentidos. Una concentración de puntos de encuentro” (2003: 135).

En estas palabras, en especial cuando aluden a Julio Cortázar y cuando definen la ciudad como hecho productor de sentidos, lo relevante no son ya los edificios y las calles -los puentes- considerados en sí mismos, ni la densidad y el número de la población. Son las interacciones, los significados, los intercambios y las personas en el espacio público.

Por ahora, sólo diremos que esa forma de existencia social que hemos denominado urbana se caracteriza por relaciones e intercambios efímeros e inestables, anónimos e impersonales (“Ventanas de mi cuarto / de mi cuarto de uno de los millones de gente que nadie sabe quién es / [y si supiesen quién es, ¿qué sabrían?]”). Al respecto, un reconocido sociólogo inglés escribe:

La mayor parte de los contactos entre los habitantes de la ciudad son fugaces y parciales, y son el medio para lograr otros fines en lugar de relaciones gratificantes en sí mismas. La interacción con los dependientes de las tiendas, los cajeros de bancos, los pasajeros o revisores del metro son encuentros momentáneos, que se establecen no por sí mismos, sino como medios para alcanzar otros objetivos. Como los que viven en las áreas urbanas suelen tener gran movilidad, los lazos que existen entre ellos son relativamente débiles. Las personas llevan a cabo muchas actividades diferentes y se encuentran en multitud de situaciones distintas todos los días; el “ritmo de vida” es más rápido que en las áreas rurales y la competencia prevalece sobre la cooperación (Giddens, 2001: 604).

La ciudad -con sus acontecimientos, sus contrastes, sus relaciones y sus espacios- es el lugar por excelencia donde lo urbano se configura y despliega sus contradicciones. Sin embargo, lo urbano, como modo de vida, puede ocurrir más allá de las fronteras de la ciudad, como lo plantea Manuel Delgado.

Del mismo modo, tendríamos que admitir que en las ciudades hay lugar para relaciones e intercambios no urbanos, característicos de un modo de vida que, por contraste, podemos llamar -de nuevo basándonos en Delgado- comunal. Un modo de vida que sería característico de las zonas rurales, basado predominantemente en la tradición, la autoridad y la costumbre, compuesto por grupos relativamente homogéneos, estables y coherentes (Delgado, 1999: 26, 27), pero cuyas manifestaciones podrían trascender igualmente ese ámbito.

La ciudad como palabra...
Ciudad [City]

Ciudad existió en inglés desde el siglo XIII, pero su uso moderno característico para referirse a una población grande o muy grande y su uso correspondiente para distinguir las áreas urbanas de las rurales, o campo, data del siglo XVI. Esta última referencia y distinción se relaciona naturalmente con la creciente importancia de la vida urbana desde el siglo XVI en adelante, pero hasta el siglo XIX a menudo se reservó su uso especializado para la ciudad capital, Londres.

El uso más general corresponde al rápido desarrollo de la vida urbana durante la Revolución Industrial, que hizo que hacia mediados del S19 Inglaterra se convirtiera en la primera sociedad de la historia del mundo en que una mayoría de la población vivía en ciudades [...].

La **ciudad** como un orden de asentamiento realmente característico que implica una forma de vida muy diferente, no está plenamente establecida, con sus implicaciones modernas, hasta principios del siglo XIX [...].

Tomado de: Raymond Williams, *Palabras clave. Un vocabulario de la cultura y la sociedad* [1976]. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 2000, pp. 57-58.

[VI]

Somos al mismo tiempo habitantes de la ciudad y *urbanitas*, habitantes de la ciudad y practicantes de lo urbano. Vivimos en la ciudad, ocupamos un espacio, habitamos en ella.

Pero, dado que lo urbano no es un lugar discernible, no podemos dejarlo atrás como haríamos con una ciudad de la cual nos despedimos. Es lo mismo que sugieren las palabras de Manuel Delgado cuando escribe: “[...] A diferencia de lo que sucede con la ciudad, lo urbano no es un espacio que pueda ser morado. La ciudad tiene habitantes, lo urbano no.”

Y, más adelante:

[...] El ámbito [privilegiado] de lo urbano [no es] tanto la ciudad en sí como sus espacios usados transitoriamente, sean públicos -la calle, los vestíbulos, los parques, el metro, la playa o la piscina, acaso la red de Internet- o semipúblicos -cafés, bares, discotecas, grandes almacenes, superficies comerciales, etc.-. Es ahí donde podemos ver producirse la epifanía de lo que se ha definido como específicamente urbano: lo inopinado, lo imprevisto, lo sorprendente, lo oscilante[...] (1999: 33).

Vemos insinuarse en estas palabras un problema apenas sugerido hasta el momento. Se trata del que plantea la relación entre lo urbano, tal como hemos intentado trazarlo aquí, y la ciudad en tanto espacio físico, lugar privilegiado en el que se desenvuelve. En la cita anterior, Manuel Delgado hace una distinción sutil, que vale la pena tomar en cuenta.

Él afirma que “el ámbito de lo urbano no es tanto la ciudad en sí como sus espacios usados transitoriamente”, sean estos públicos o semi-públicos.

Si quisiéramos indicar lo mismo de otra manera, podríamos decir que las relaciones e intercambios típicamente urbanos se despliegan, ante todo, ya no en la ciudad en general, sino particularmente en el espacio público.

Un espacio que los habitantes de la ciudad usamos de manera transitoria, en nuestros recorridos y desplazamientos, en nuestros encuentros y esperas, en nuestras labores y tareas diarias.

Según Delgado, es en estos espacios, y no en “la ciudad en sí”, donde se produce lo urbano. La diferencia está en que, al hablar de “la ciudad en sí” -de la ciudad exclusivamente como

espacio físico sin cualidades específicas-, estamos olvidando aquello que Pessoa nos descubriría en el misterio de una calle: que la ciudad es “imposiblemente real”, “desconocidamente evidente”, porque cada una de sus formas está unida de manera intrincada a nuestra fantasía.

Sería un grave error desdeñar la importancia de la ciudad y de sus formas en la configuración de lo urbano; convertir lo urbano en un sueño personal, sin conexión con lo que nos rodea. Pero igualmente pasar por alto el hecho de que el espacio físico de la ciudad, y, para ser más precisos, el espacio público, es también un espacio simbólico, en el que se mezcla y se produce la vida de “millones de gente”.

Habitantes de la ciudad, practicantes de lo urbano: mientras pensamos, sentimos y actuamos en el espacio público, apretados en una densa red de relaciones (algunas visibles y otras no), producimos el artificio de la vida urbana. Una vida inseparable del espacio público, no porque esté restringida a la ciudad, sino porque sus características están unidas a su historia, a los ritmos particulares de sus calles, al equilibrio de sus relaciones, a sus movimientos, su diversidad, su agitación.

La ciudad, en el sentido que aquí hemos elegido, es, pues, sinónimo de espacio público. Y las particularidades de ese espacio nos dirán cosas sobre las particularidades de los intercambios que tienen lugar en él, así como éstas nos hablarán de aquéllas.

Podemos, para cerrar esta parte, acudir una vez más a las palabras de Manuel Delgado, escritas a propósito del objeto de su disciplina -la antropología urbana-, pero aludiendo al punto que nos interesa:

[...] El objeto de la antropología urbana sería una serie de acontecimientos que se adaptan a las texturas del espacio, a sus accidentes y regularidades, a las energías que en él actúan, al mismo tiempo que los adaptan, es decir que [los acontecimientos] se organizan a partir de un espacio que al mismo tiempo organizan (1999: 32-33).

Entre el espacio público y la vida urbana hay, pues, una relación de doble sentido. Sin embargo, esta relación no es universal. Esto quiere decir que, entre cada ciudad particular y cada tipo particular de prácticas e intercambios urbanos, hay una relación que debe ser explorada, y que, por lo tanto, no se resuelve de manera teórica.

Italo Calvino (La Habana, 1935-Siena, 1985), periodista y narrador italiano, escribió un hermoso libro titulado *Las ciudades invisibles*. En él, un emperador llamado Kublai Jan y un viajero llamado Marco Polo, mantienen una conversación sobre las ciudades que hacen parte de los dominios del reino, y que la memoria y las palabras del viajero evocan.

Las ciudades sutiles. 2

Ahora diré de la ciudad de Zenobia que tiene esto de admirable: aunque situada en terreno seco, se levanta sobre altísimos pilotes, y las casas de bambú y de zinc, con muchas galerías y balcones, se sitúan a distintas alturas, sobre zancos que se superponen unos a otros, unidas por escaleras de mano y aceras colgantes, coronadas por miradores cubiertos de techos cónicos, depósitos de agua, veletas, de las que sobresalen roldadas, sedales y grúas.

No se recuerda qué necesidad, orden o deseo impulsó a los fundadores de Zenobia a dar esta forma a su ciudad, y por eso no se sabe si quedaron satisfechos con la ciudad tal como hoy la vemos, crecida quizá por superposiciones sucesivas del primero y por siempre indescifrable diseño.

Pero lo cierto es que si a quien vive en Zenobia se le pide que describa cómo sería para él una vida feliz, la que imagina es siempre una ciudad como

Zenobia, con sus pilotes y sus escalas colgantes, una Zenobia tal vez totalmente distinta, con estandartes y cintas flameantes, pero obtenida siempre combinando elementos de aquel primer modelo.

Dicho esto, es inútil decidir si ha de clasificarse a Zenobia entre las ciudades felices o entre las infelices. No tiene sentido dividir las ciudades en estas dos clases, sino en otras dos: las que a través de los años y las mutaciones siguen dando su forma a los deseos y aquellas en las que los deseos, o logran borrar la ciudad, o son borrados por ella (Calvino, 1997: p. 49-50).

[VII]

Intentemos resumir: el espacio público es el ámbito de la vida urbana. Calles, plazas, parques, bibliotecas, entre otros, hacen parte del entramado que lo compone. El espacio público, en tanto entramado de lugares, relaciones e intercambios, se diferencia de otro tipo de espacios, que podemos definir como privados. En la ciudad, los espacios privados no se oponen a los espacios públicos, aunque, por simples razones de claridad, sea útil diferenciarlos.

Podríamos decir que los espacios públicos son los que están *más allá* de la puerta de nues-

tra casa, y los privados los que están *más acá*.

Sin embargo, esta afirmación adquiere matices si acordamos que son los usos -el tipo de relaciones e intercambios-, y no una condición física o jurídica, los que definen “lo público” y “lo privado”.

Así las cosas, es posible encontrar en el espacio público formas de intimidad que no encontraríamos -o no tendrían el mismo sentido- fuera de él (sólo un par de ejemplos: dos enamorados que caminan de la mano por una plaza, o la reunión de un grupo de amigos en una calle del barrio...). Del mismo modo, en espacios que comúnmente clasificaríamos como privados (por ejemplo nuestra casa, pero también cafés, tertulias, bares, etc.), se producen formas de socialización e intercambios públicos.

Así pues, la ciudad no es sólo anonimato, indiferencia, impersonalidad. Distintas relaciones de afinidad, intimidad y proximidad nacen en ella, en la soledad de los espacios públicos. Formas de vida comunal y cercana se despliegan en sus barrios. No se trata de la “cara opuesta”, sino de la “otra cara” de lo urbano.

[VIII]

Según Jordi Borja, desde una perspectiva jurídica, el espacio público:

[...] es un espacio sometido a una regulación específica por parte de la administración pública, propietaria o que posee la facultad de dominio sobre el suelo y que garantiza la accesibilidad a todos y fija las condiciones de utilización y de instalación de actividades. [...].

El espacio público, o su calificación como tal, supone reservar este suelo libre de construcción permanente para el uso comunitario o destinado a equipamientos colectivos de interés general (equipamientos sociales o culturales) o infraestructuras de movilidad. Asimismo puede destinarse a usos efímeros de carácter cultural o comercial, a la instalación de referencias simbólicas monumentales y a espacios de reserva para usos intermitentes o excepcionales (2003: 122).

Más próximo a la perspectiva que aquí nos interesa -desde luego, su interés aumenta si se compara con otras-, Borja considera que el es-

pacio público es también “un lugar de relación e identificación, de contacto entre las personas, de animación urbana y a veces de expresión comunitaria” (*Idem.*).

Un espacio es público o no según el uso que hacen de él los habitantes de la ciudad. Así, un espacio que jurídicamente se considera público, podría muy bien tener un uso privado, o no tener ninguno: espacios vacíos y vaciados, en los que no se despliega el artificio de la vida urbana. De la misma manera, espacios que por su definición se consideran privados, pueden llegar a ser -de manera permanente o transitoria- de uso público. “En cualquier caso -afirma Borja- lo que define la naturaleza del espacio público es el uso y no el estatuto jurídico” (*Ibid.*: 123).

Usar los espacios públicos es usar espacios con ciertas características y funciones. Aquí mencionaremos algunas, siguiendo las reflexiones de Borja en *La ciudad conquistada*, libro del cual hemos tomado las citas anteriores.

No se trata de características y funciones de ningún espacio público en particular, sino de aquellas que idealmente deberían concurrir en él. Según Borja, entre las características del

“espacio público de calidad”, como lo llama en su libro, deberían destacarse la accesibilidad, la polivalencia, la presencia de equipamientos colectivos y de infraestructura de movilidad.

También, el espacio público debería permitir la identificación y la memoria urbana, condensadas en su arquitectura, sus lugares, edificaciones y monumentos.

Que el espacio público “es de todos” (que todos podemos acceder a él y hacer parte de él) ha llegado a ser hoy una idea ampliamente difundida. Así lo han hecho, por ejemplo, las administraciones públicas de nuestras ciudades, para las que el “problema” del espacio público se ha convertido en un asunto fundamental (que se haya convertido en un asunto fundamental no quiere decir, por supuesto, que hayan hecho cosas fundamentales para tratarlo).

En cualquier caso, y más allá de la difusión e incluso de la aceptación formal de esta idea, que el espacio público sea un espacio de todos, abierto a todos, tiene un significado profundo, relacionado con el *libre* acceso a él, no sólo en el sentido físico o de circulación. Un significado que Manuel Delgado Ruiz expresa muy bien cuando, en un artículo titulado “Dinámicas identitarias y espacios públicos”, escribe:

[...] A pesar de que existen distintos estilos de vida y de pensamiento [tal vez sería más afortunado decir:

gracias a que existen distintos estilos de vida y de pensamiento], nadie reclama la exclusividad del espacio público (s.d.).

Al mismo tiempo que el espacio público debería permitir el encuentro, la circulación y el intercambio espontáneo de transeúntes, curiosos, paseantes, enamorados, etc., (y, desde luego, no estar clausurado por rejas, candados ni cerraduras), debería también propiciar el encuentro, la circulación y el intercambio entre personas *que no se ven iguales* entre sí. El espacio público debería favorecer, y no reprimir, las diferencias. Ningún grupo debería arrogarse su exclusividad, estigmatizando o excluyendo a otros.

Por otra parte, que el espacio público sea polivalente no es otra cosa distinta a decir que en él deberían concurrir múltiples funciones. No sólo un espacio para que circulen los carros, o para ir de compras, o para ir aprisa hacia los lugares de trabajo y de estudio; también un espacio para extraviarse, vagabundear, en-

contrarse, mezclarse, recorrer y conectarse con otras zonas de la ciudad.

No hay nada de malo en la función comercial, una función tan legítima como cualquier otra en la sociedad. Pero la cuestión es la estructuración simbólica [del espacio público] sobre la base de la predominancia excesiva de esta función (Manuel Castells, citado en Borja, 2003: 123).

Esto mismo podría decirse de cualquier espacio público que concentrara una única función. En los casos más extremos, el espacio público no sería más que un espacio meramente funcional (¡circulen!, ¡el siguiente!) o un decorado (el lema sería entonces: “ver y no tocar - en este caso, no usar - se llama respetar”).

No diremos mucho acerca de la importancia de los equipamientos colectivos (escuelas, guarderías, hospitales, polideportivos...) y de la infraestructura de movilidad para la configuración del espacio público. Se trata de la dotación de uso colectivo sin la cual no puede existir una ciudad. Por lo que se refiere a la identificación simbólica y a la memoria, el espacio público, lugar de las relaciones y los intercambios ur-

banos; unido -como sugerimos al principio- a nuestro deseo y a nuestra fantasía, guarda en sus formas el pasado de la ciudad, las marcas de muchas generaciones, el brillo de la ciudad nueva y el deterioro de la ciudad olvidada y excluida.

El espacio público nos ofrece una memoria. Desde luego, esta no es estable ni está compuesta por un solo elemento. La ciudad y su pasado se recomponen por la labor imperceptible de la memoria de sus habitantes.

El espacio público puede despertar miedo, alegría, el recuerdo de días pasados. Puede sorprendernos y hacernos sentir parte de algo que se encuentra fuera de nosotros; puede ser hermoso, de una hermosura secreta.

Así, nos identificamos con ciertos lugares de la ciudad, asociamos a ellos imágenes de nosotros mismos, de lo que somos y de lo que ya no seremos, de lo que quisiéramos y de lo que oscuramente no quisiéramos llegar a ser. Caminar por la ciudad es como ir por un escenario conocido y desconocido a la vez, en el que un público anónimo y unas duras, aunque inestables formas, nos contemplan.

Este tipo de fenómenos pueden ser llamados simbólicos, no porque ocurran meramente en el mundo de las ideas, sino porque espiritualizan aquello que a menudo identificamos con lo evidente y lo material: una calle de nuestra infancia, una esquina en la que, muchos años atrás, nos despedimos de alguien, un bar en el que nos reunimos con amigos.

Diversidad, mixtura, civismo, intercambio, así como conflicto, lucha, poder, ciudadanía, democratización e integración, son palabras que podemos asociar al espacio público, a las funciones que cumple y a las expresiones que tienen lugar en él.

¿Qué dice la legislación colombiana a propósito del espacio público?

Entiéndase por espacio público el conjunto de inmuebles públicos y los elementos arquitectónicos y naturales de los inmuebles privados, destinados por su naturaleza, por su uso o afectación, a la satisfacción de las necesidades urbanas colectivas que trascienden, por tanto, los límites de los intereses individuales de los habitantes.

Así, constituyen el espacio público de la ciudad las áreas requeridas para la circulación, tanto peatonal como vehicular, las áreas para la recreación

pública, activa o pasiva, para la seguridad y tranquilidad ciudadana, las franjas de retiro de las edificaciones sobre las vías, fuentes de agua, parques, plazas, zonas verdes y similares, las necesarias para la instalación y mantenimiento de los servicios públicos básicos, para la instalación y uso de los elementos constitutivos del amoblamiento urbano en todas sus expresiones, para la preservación de las obras de interés público y de los elementos históricos, culturales, religiosos, recreativos y artísticos, para la conservación y preservación del paisaje y los elementos naturales del entorno de la ciudad, los necesarios para la preservación y conservación de las playas marinas y fluviales, los terrenos de bajamar, así como de sus elementos vegetativos, arenas y corales y, en general, por todas las zonas existentes o debidamente proyectadas en las que el interés colectivo sea manifiesto y conveniente y que constituyan, por consiguiente, zonas para el uso o el disfrute colectivo.

Tomado de: “Reforma urbana. Ley 9ª de 1989 (11 de enero)”, en: Jaime Orlando Santofimio Gamboa (dir.), *Decho urbanístico. Legislación y jurisprudencia* [2004]. Bogotá, Universidad Externado de Colombia, pp. 62-63. El texto citado corresponde al capítulo II de la Ley (“Del espacio público”), artículo 5º.

[IX]

Desde luego, el espacio público, la ciudad y lo urbano son cosas hechas a medias, revueltas. No hay algo así como la ciudad perfecta, que coincida con lo que idealmente soñamos. Tampoco existe un espacio público que reúna, en una armonía total, todas las características a las que nos hemos referido. Del mismo modo -ya lo dijimos- la vida urbana puede mezclarse con otras formas de existencia, comunales por ejemplo. No hay una ciudad absolutamente moderna, ni una absolutamente tradicional.

Así también, como practicantes de lo urbano y habitantes de la ciudad, nunca nos encontramos en estado puro, nunca somos una cosa o la otra de una vez y para siempre.

Y no sólo porque, al lado de los intercambios típicamente urbanos, convivan otros más próximos a la empatía, la intimidad y la familiaridad -asociados por lo común con el espacio de lo privado-, sino porque al lado de prácticas, creencias y valores modernos, podemos tener, sin sospecharlo, prácticas, creencias y valores tradicionales.

Además, como ya sugerimos, la indiferencia de las relaciones urbanas hace posible la diferencia. El *urbanita* no es sólo el hombre apurado que vuelve a casa. También es aquel que, en el anonimato de la ciudad, encuentra espacios en los que al mismo tiempo se aísla y se aproxima, se separa y se reúne. Así por ejemplo, Anthony Giddens, a quien ya citamos antes, escribe:

Un artista puede encontrar pocos artistas con los que relacionarse en un pueblo o ciudad pequeña, pero en una gran ciudad se convierte en parte de una subcultura artística e intelectual significativa.

Una gran ciudad es un “mundo de extraños”, pero favorece y crea relaciones personales. (...). Puede que sea difícil “conocer gente” cuando uno se traslada por primera vez a una gran ciudad, pero a cualquiera que vaya a residir a una pequeña comunidad campesina establecida le puede parecer que la amabilidad de sus habitantes es, en gran parte, una cuestión de cortesía pública [...]
(2001: 605).

Si la ciudad nos atrae es, entre otras cosas, porque en ella encontramos no sólo posibilidades de diferenciarnos, sino de reunir -y, así, poner en escena y estilizar- nuestras diferencias.

Otra ciudad invisible...

Las ciudades y los trueques. 2

En Cloe, gran ciudad, las personas que pasan por las calles no se conocen. Al verse imaginan mil cosas las unas de las otras, los encuentros que podrían ocurrir entre ellas, las conversaciones, las sorpresas, las caricias, los mordiscos. Pero nadie saluda a nadie, las miradas se cruzan un segundo y después huyen, buscan otras miradas, no se detienen.

Pasa una muchacha que hace girar una sombrilla apoyada en su hombro, y también un poco la redondez de las caderas. Pasa una mujer vestida de negro que representa todos los años que tiene, los ojos inquietos bajo el velo y los labios trémulos. Pasa un gigante tatuado; un hombre joven con el pelo blanco; una enana; dos mellizas vestidas de coral.

Algo corre entre ellos, un intercambio de miradas como líneas que unen una figura con otra y dibujan flechas, estrellas, triángulos, hasta que en un instante todas las combinaciones se agotan y otros personajes entran en escena: un ciego con un

guepardo sujeto con una cadena, una cortesana con abanico de plumas de avestruz, un efebo, una jamona.

Así entre quienes por casualidad se juntan bajo un soportal para guarecerse de la lluvia, o se apiñan debajo del toldo del bazar, o se detienen a escuchar la banda en la plaza, se consuman encuentros, seducciones, copulaciones, orgías, sin cambiar una palabra, sin rozarse con un dedo, casi sin alzar los ojos.

Una vibración lujuriosa mueve continuamente a Cloe, la más casta de las ciudades. Si hombres y mujeres empezaran a vivir sus efímeros sueños, cada fantasma se convertiría en una persona con quien comenzar una historia de persecuciones, simulaciones, malentendidos, choques, opresiones, y el carrusel de las fantasías se detendría. (Calvino, 1997: 65-66).

[X]

La ciudad, el espacio público, lo urbano. Desde luego, nosotros, habitantes de la ciudad, practicantes de lo urbano, al lado de aquellos que no se nos parecen, de quienes tenemos ideas como cristales, prejuicios, temor. Si la ciudad es la gente en la calle, como sugiere el

epígrafe de este escrito, entonces la ciudad es también una aventura.

La mezcla, el contacto, la diversidad siempre llevan un riesgo implícito: aquel que surge del encuentro conflictivo entre distintos estilos y formas de pensamiento; del cruce de múltiples miradas, como en la ciudad de Cloe; de la inquietud misma de la ciudad y sus ritmos; de la posibilidad de descubrir, así sea fugazmente, que fuera de nosotros existe un mundo diverso, con otras ideas, creencias y prácticas, y que, por lo tanto, las nuestras son tan artificiales como las demás; en otras palabras, tan reales, imposiblemente *reales, evidentes, desconocidamente evidentes* como las demás.

Correr el riesgo de salir a la calle y conquistar la ciudad tal vez no sea siempre una aventura tranquila, pero a lo mejor encontremos la experiencia de salir por un momento de nosotros mismos y hacernos parte de algo que nos trasciende, abandonados en la ciudad y sus luces, mezclados con los otros, en un baile compartido de soledad e intimidad. Y también la posibilidad de transformarnos, pues el contacto con los otros nunca nos deja inalterados.

En un poema ya clásico, Konstantinos Kavafis (Alejandría, 1863-1933), se refiere a la manera en que nuestro destino está unido, por un hilo indescifrable, a la vida de las ciudades que alguna vez habitamos, y en las que crecimos, amamos y fracasamos. Aun si imagináramos secretas escapadas, la ciudad permanecería en nosotros, oculta en lo desconocido.

La ciudad

*Dices "Iré a otra tierra, hacia otro mar
y una ciudad mejor con certeza hallaré.
Pues cada esfuerzo mío está aquí condenado,
y muere mi corazón
lo mismo que mis pensamientos en esta desolada
langüidez.
Donde vuelvo mis ojos sólo veo
las oscuras ruinas de mi vida
y los muchos años que aquí pasé o destruí".
No hallarás otra tierra ni otra mar.
La ciudad irá en ti siempre. Volverás
a las mismas calles. Y en los mismos suburbios
llegará tu vejez;
en la misma casa encanecerás.
Pues la ciudad siempre es la misma.
Otra no busques
-no la hay-,*

*ni caminos ni barcos para ti.
La vida que aquí perdiste
la has destruido en toda la tierra
(Kavafis, 1998: 18).*

Addenda

Conversación final entre Kublai Jan
y Marco Polo...

El atlas del Gran Jan contiene también los mapas de las tierras prometidas visitadas con el pensamiento pero todavía no descubiertas o fundadas: la Nueva Atlántida, Utopía, la Ciudad del Sol, Océana, Tamoé, Armonía, New-Lanark, Icaria.

Pregunta Kublai a Marco: -Tú que exploras a tu alrededor y ves los signos, sabrás decirme hacia cuál de esos futuros nos impulsan los vientos propicios.

-Para llegar a esos puertos no sabría trazar la ruta en la carta ni fijar la fecha de arribo. A veces me basta una vista en escorzo que se abre justo en medio de un paisaje incongruente, unas luces que afloran en la niebla, el diálogo de dos transeúntes que se encuentran en pleno trajín, para pensar que a partir de ahí juntaré pedazo por pedazo la ciudad perfecta, hecha de fragmentos mezclados con el resto, de instantes separados por intervalos, de señales que uno envía y no sabe quién las recibe.

Si te digo que la ciudad a la cual tiende mi viaje es discontinua en el espacio y en el tiempo, a veces rala, a veces densa, no creas que haya que dejar de buscarla. Quizás mientras nosotros hablamos está asomando, esparcida dentro de los confines de tu imperio; puedo rastrearla, pero de la manera que te he dicho.

El Gran Jan ya estaba hojeando en su atlas los mapas de las ciudades amenazadoras de las pesadillas y las maldiciones: Enoch, Babilonia, Yahóo, Butúa, Brave New World.

Dice: -Todo es inútil si el último fondeadero no puede sino ser la ciudad infernal, y donde, allí en el fondo, en una espiral cada vez más cerrada, nos sorbe la corriente.

Y Polo: -El infierno de los vivos no es algo por venir; hay uno, el que ya existe aquí, el infierno que habitamos todos los días, que formamos estando juntos. Hay dos maneras de no sufrirlo. La primera es fácil para muchos: aceptar el infierno y volverse parte de él hasta el punto de dejar de verlo. La segunda es riesgosa y exige atención y aprendizaje continuos: buscar y saber quién y qué, en medio del infierno, no es infierno, y hacer que dure, y dejarle espacio.

Bibliografía

Borja, Jordi (2003):

La ciudad conquistada.
Madrid, Alianza.

Calvino, Italo (1997):

Las ciudades invisibles [1972].
Madrid, Siruela.

Delgado, Manuel (1999):

El animal público.
Hacia una antropología de los espacios urbanos,
cuarta edición.
Barcelona, Anagrama.
_____ (s.d.): “Dinámicas identitarias y espacios
públicos”, mimeo.

Giddens, Anthony (2001):

Sociología [1988].
Capítulo 17: “Las ciudades y el desarrollo del
urbanismo moderno”.
Madrid, Alianza, p. 595-633.

Kavafis, Konstantinos (1998):

56 Poemas.
Madrid, Mondadori.

Mumford, Lewis (1966):

*La ciudad en la historia. Sus orígenes, transformaciones y
perspectivas [1961].*
Capítulo XV: “Paraíso paleotécnico: Villa Carbón”. Buenos
Aires, Ediciones Infinito, 2 vols., mimeo.

Pessoa, Fernando (1998):

42 Poemas.
Madrid, Mondadori.

Real Academia Española (2001):

Diccionario de la lengua española,
vigésima segunda edición.

Santofimio Gamboa, Jaime Orlando (dir.) (2004):

*Derecho urbanístico. Legislación
y jurisprudencia.*
Bogotá, Universidad Externado de Colombia.

Williams, Raymond (2000):

*Palabras clave. Un vocabulario de la cultura
y la sociedad [1976].*
Buenos Aires, Nueva Visión.

Datos del autor

Felipe Van der Huck

Sociólogo de la Universidad del Valle. Profesor Tiempo Completo de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Icesi. Estuvo vinculado a proyectos de investigación de esta misma Facultad, especialmente en el campo de la sociología del trabajo. Tuvo a su cargo el curso Procesos de Socialización y Prácticas Culturales. Su trabajo de grado, “Andrés Caicedo: suicidio y consagración”, fue declarado meritorio y posteriormente publicado en la revista Sociedad y Economía de la Universidad del Valle. Otras publicaciones suyas han aparecido en los libros Leyendo en Babel: lectura, educación y ciudad y Trabajo, identidad y carácter: dilemas y conflictos de la reestructuración laboral, publicados por la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Icesi. Actualmente se encuentra en Alemania realizando estudios de maestría.